

PEDRO PERDOMO ACEDO

POESIA INEDITA

BALADA DEL CIEGO

SE separó la luz de nuestra vista
llevándose la estrella de lo orgánico,
y aunque el quinqué que alumbraba nuestro espíritu
nos enciende una antorcha en cada mano,
te tengo junto a mí sin poder verte,
sol que en otra mirada estás reinando.

Para dentro construyo desde fuera
inmediata ocasión, dios inmediato,
y me nace en las yemas de los dedos
el alba más hermosa que vio el tacto.

Al igual que las sílabas de un verso
entre sí se unifican sin quebranto
como dos mariposas copuladas,
llevo mis oraciones en las manos
que devoran las nubes interpuestas
y ardientemente suben a lo alto.

COMO LOS DROMEDARIOS..

NOSTALGICO

de las mareas que en la playa dibujan
la sombra de los peces a la luz consagrados,
aún mi sangre trasiego a la palabra muerta
o a las invidentes caracolas que afinan el sonido
despuntando las alas expansivas del viento,
porque sin poder sostenerse con el fruto en la rama
ya mi espíritu teme corromper lo invisible
con óptica de hoguera, o de mosca o de cuervo;
y estrujándole al polvo sus posibles conscientes,
con activo reposo, con callada fijeza,
como los dromedarios conmociones presiento.

EL PORVENIR ES SIEMPRE UNA INMENSA ELEGIA

COMO arena engelante que con pulso distinto
los cráteres augura que aún el silencio ignora,
con agresiva angustia me fui contaminando
de miseria y fatiga bajo el peso del cosmos,
y oprimido en los vuelos de las alas impuras
se le obliga a mi espíritu
a cruzar con despojos diferidas fronteras,
con cenizas humanas que columpie la suerte
y no empuñen airada los delirios del crimen.

Crear y destruir es la gloria del hombre,
y según se nos marque con la señal del fuego,
un alarido virgen, o una inmensa energía,
busca al cuerpo inviolado que lo expulse a distancia
dejando atrás ociosas las manos de la muerte
y en libertad el aire celestial de la altura;
que en el dolor de la metamorfosis
el porvenir es siempre una inmensa elegía.

HIEDRA

TU incesante ternura
me ha hecho flaquear en la defensa.
Caricia tras caricia derribaste
el entramado muro piedra a piedra,
sus adherentes miembros uno a uno,
para buscar mi destrucción completa.
El roce de tus hojas lo sentía
cegándome la luz, cual noche inmensa.

Ya no puedo sentirte en esta fosa
aún sin cerrar del todo en que me encuentras
mas padece
mi perdurable sueño tu marea.

Y ante la lontananza que aniquila
tú habitarás, tú habitarás mi ausencia.

AVE CIEGA

PALOMA que arrullaste, conmovida,
el alma en el remanso del torrente,
aún no sé si te he visto o si en mi mente
tu realidad antecedió a mi vida;

si te hallabas de incógnito, escondida
para ser fundamento de mi puente;
si era el agua achacosa de mi frente
o pura y nueva para ti adquirida.

Mi voluntad entera enajenaste;
siempre en mi palomar has residido,
pero dime, si estás, ¿por dónde entraste?

¿Por qué lugar secreto del sentido,
con alas remadoras, penetraste
que ni la vista vio ni oye el oído?

AVE VIEJA

EN la ondulada teja del alero
el verde clavo de un verol se inclina.
Mal tiempo de cantar se me avvicina
estando en propia enrona prisionero.

Al mundo dibujado en la colina
la transmitida soledad prefiero.
Como el cuatrimotor, como el jilguero,
mi cruz alada inmóvil peregrina,

mas no abandona su dormido cielo
para aliviarse en otro más seguro.
Mi antorcha no halla en parte ajena vaso;

su llama es débil, vive con lo oscuro,
y es indeleble signo de su ocaso
la luz que enluta el vidrio de su vuelo.

AVE EN LA MUDA

OTOÑO se adelanta en la conjura
de deshojar tu voz, mas no declinas;
tendrás puro el arpegio, alas más finas,
brillante el ojo, pronta la ternura.

Sostiene el chumbo flotador de espinas
y a ti te abona urgente calentura;
deja que te trabaje la natura
desde sus milagrosas oficinas.

Su oficio es ese, obra sin antojo;
en ley alternan acicate y freno;
a sus resultas libre estás del piojo

que merodea en el pudor plumado...
y envaina pronto la ira de tu treno.
El silencio es también trino empezado.

AVE BREVE

AVE breve, inflamada por fiel celo,
que un surtidor de fe trinada arrojas
desde tu jaula al distanciado cielo:
nunca otro acento, sino el tuyo, escojas,

nunca otro anhelo supla al propio anhelo
ni una congoja extraña a tus congojas;
y al ajeno calor prefiere el hielo
del arisco limón libre de hojas.

Tu canto exhala oro puro, hirviente;
tus alas son de oliva, miel, membrillo,
y en el plumón undoso añora y siente

tanagra de plural tono amarillo
que expresándome van sencillamente
lo que era irreductible a lo sencillo.

SONETO DE LA MADRE

EN el principio de tu invierno cano,
débil luz, te apagaste dulcemente
y ya no pude reposar mi frente
sino sobre el recuerdo de tu mano.

No habité nunca estudiantil verano
de lava distraída y sonriente,
ni sol que al acosar fuera clemente
como la tibia sangre de tu mano.

Por tu vía llegábame lo eterno.
Aire, luz y sonido, nieves y horno
vestías para mí de primavera

deshelando las nieves del invierno;
¡y aún espero encontrar en mi cortorno
el ángel vivo que te concibiera!

NO desesperar, no desesperar, esa es la norma
del hierro que se humana cuando es grillo
de la sangre y el llanto, y es ceniza
la llama que fue ayer fuego votivo.

Como en los dedos de las hilanderas
al asear los más rebeldes linos,
sólo caben los salmos luminosos
en este naufragar de mis sentidos.